

romperlo en ciento ó mil pedazos, y permanecer pan como antes.

La *substancia*, por el contrario, subsiste siempre en los cuerpos, á pesar de las modificaciones exteriores; es la que sostiene y recibe las cualidades accidentales, *sin ser ella visible en sí misma*. Nuestro entendimiento la concibe, sabemos que allí hay una substancia, pero nuestros sentidos no la perciben en su esencia, sino *por los accidentes ó apariencias*, lo cual nos hace decir: *Esto es tal cuerpo*. Así el agua reducida á *hielo*, ó en forma de *vapor*, no ofrece á nuestros ojos los mismos *accidentes*, pero siempre es la misma *substancia*.

Ahora bien; la doctrina católica acerca de la *Transubstanciación* presenta tres maravillas, que ni ante la razón más exigente ofrecen imposibilidad alguna. A saber: *conversión de una substancia en otra diversa; conservación de los accidentes cubriendo una substancia extraña; presencia simultánea de un mismo cuerpo en muchos lugares á la vez*. Reflexionemos esto, por vía de recreación científica; porque en realidad al buen cristiano bástale aceptar el misterio, admirar el prodigio y decir: «*Creo*.»

**13.** CONVERSIÓN.—¿Cómo—dice el incrédulo—es posible que la substancia del pan sea convertida en la substancia del Cuerpo de Cristo? Es muy sencillo: por la omnipotencia de la palabra divina. El que lo crió todo de la nada con sólo su palabra, ¿no podrá hacer con la palabra misma que una substancia ya criada se convierta en otra diversa? La palabra que de la nada pudo hacer surgir lo que no era, ¿no podrá hacer que lo que ya es se torne en lo que no es? ¿No podrá mudar las cosas que son, en otras que no son? El que puede lo más, ¿no ha de poder lo menos? (1).

Además, si el *Verbo* divino encarnó en el seno purísimo de la Virgen milagrosamente, ¿será extraño que el mismo Verbo perpetúe una como Encarnación en las manos del sacerdote, también por modo milagroso? Si el amor del Verbo hacia el hombre le movió á tomar carne humana y morir por darle vida, ¿quién se ha de maravillar que ahora en la Eucaristía el mismo amor se encarne en el altar para alimentar y acrecentar la propia vida?

**14.** Se dice que la conversión de las substancias es imposible.—Pero, responde el Angélico Doctor: ¿no se ven todos los días conversiones semejantes en la naturaleza, en el arte y en la gracia?

(1) De totius mundi operibus legistis: Quia ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt. Sermo igitur Christi, qui ex nihilo potuit facere quod non erat non potest ea, quae sunt, mutare in illud, quod non sunt? (S. Ambros., lib. III *De Sacram.*)

¿No vemos que la vid convierte en vino el agua que la riega? Las abejas, ¿no convierten en panal el jugo que toman de las flores? Los artifices, ¿no hacen vidrio de la ceniza?—Moisés, ¿no convirtió la serpiente en vara, después de convertir la vara en serpiente? El río Nilo, ¿no se convirtió en sangre?—El polvo, ¿no se tornó en ranas? Si pues la naturaleza, el arte y la gracia operan estas y otras innumerables conversiones en las substancias, ¿por qué se ha de negar este poder á Dios, que es el Autor de la gracia, del arte y de la naturaleza (1)?

El pan y vino, que vimos con nuestros ojos y que nos sirvió de alimento, se han convertido, bajo la acción y por el poder de los jugos del estómago, *en carne y sangre humana*. Ya no es aquella substancia de pan y vino; es realmente *la carne y la sangre del hombre*. He aquí una *transubstanciación real*, por más que no lo sea en absoluto. Pues bien; esto que hace el estómago; porque Dios le ha concedido esa virtud, ¿no podrá hacerlo el mismo Dios de una manera mucho *más perfecta y completa*? ¿Hay algún incrédulo tan demente que niegue esta verdad?

El pan y el vino formaron sobre la tierra el alimento de Jesucristo, y aquellas substancias se transformaron en la substancia del Hijo de Dios. ¿Dónde está la dificultad en admitir que actualmente en nuestros altares el pan se convierta en cuerpo del Verbo, no por la operación laboriosa de entonces, sino por un acto instantáneo de la voluntad divina y de su omnipotencia soberana?

**15.** CONSERVACIÓN DE LOS ACCIDENTES.—«Lo niego—dice el incrédulo;—porque yo sigo viendo el pan y el vino, lo mismo que antes de la consagración, y mis sentidos me dicen lo contrario de lo que enseña la fe.» Necio argumento. Dejemos que le conteste el entendimiento asombroso de Santo Tomás; dice así: Los sentidos corporales no pueden atestiguar sino la existencia de los accidentes, y éstos perseveran en el pan eucarístico. Juzgar de la substancia que se oculta debajo de los accidentes no pertenece á los sentidos, está fuera de su alcance, y es oficio propio de la inteligencia (2).

¿Qué nos dice la inteligencia?—Que las substancias, para existir y permanecer siempre las mismas, no necesitan de tales ó cua-

(1) In natura quoque satis similia reperiuntur. (S. Thom., Opusc. 58, cap. XI, y Opusc. 59, cap. II.)

(2) Accidentia autem subjecto in eodem subsistunt, ut fides locum habeat, dum visibile invisibiliter sumitur aliena specie occultatum, et sensus a deceptione redantur immunes, qui de accidentibus judicant sibi nobis. (S. Thom., Opusc. 57.)

les accidentes determinados; pueden muy bien cambiar de ellos, porque accidentes y substancia son dos cosas enteramente distintas (1). ¿Qué se verifica en la Eucaristía?—Que Dios con su divina omnipotencia oculta la substancia del cuerpo de Cristo bajo los accidentes de pan y vino, como pudiera hacerlo bajo cualquiera otros accidentes. Por consiguiente, aunque el incrédulo continúe viendo las mismas apariencias de pan y vino, no por eso es lógico en negar la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; y nosotros con toda verdad y sin ninguna contradicción podemos decir: «El Cuerpo del Salvador está en el Santísimo Sacramento en cuanto á la substancia, no en cuanto á los accidentes, que permanecen á nuestros ojos los mismos que antes de la consagración.»

El Angélico Doctor sensibiliza esta verdad con un simil muy apropiado. «Poned—dice—uno ó varios huevos debajo de una avecilla para que les dé calor, y os convenceréis que, por la misma naturaleza de las cosas, la substancia interior del huevo, que era materia insensible, se convierte en un pollito vivo, de organización maravillosa y cuerpo íntegro, oculto bajo la cáscara visible, que permanece lo mismo que antes (2).» ¿Cómo se ha realizado esta conversión?—Lo ignoramos.—Pero ¿se ha hecho?—Es indudable.—¡Pues si los sentidos me están diciendo que el huevo aparece lo mismo á los ojos y al tacto!—No importa: los sentidos atestiguan únicamente lo exterior, los accidentes, y nada más.—Luego si esto acontece en lo natural, ¿cuánto más en lo sobrenatural? Por consecuencia, el Pan de nuestros altares puede ser instantánea é interiormente convertido en el Cuerpo adorable de Cristo nuestro Señor, permaneciendo los mismos accidentes, ó sea las apariencias de pan, mediante la omnipotencia de Dios vinculada á la palabra del sacerdote (3).

(1) Por lo mismo que la substancia cambia de accidentes permaneciendo ella la misma, se sigue que en su existencia es independiente de ellos; preescindiendo ahora de si puede ó no existir sin ninguno, sólo afirmo que ninguno de ellos en particular le es necesario.—La substancia es independiente de las modificaciones, pero las modificaciones no son independientes de la substancia. (Balmes: *Filosof. fundam.*, lib. IX, cap. III, n. 17, y cap. IV, n. 20.)

(2) *Exterius videtur, quasi adhuc sit ovum, quod non est ovum sed vivi pulli integrum corpus testa velatum.* (S. Thom., *Opusc.* 58, cap. XII.)

(3) Los accidentes de los cuerpos no pueden naturalmente ser separados de la substancia, y sólo por ellos conocemos las diferencias de tales y tales cuerpos; este es el orden establecido por Dios. Mas este orden no prueba que Dios no pueda hacer que nuestra alma sea impresionada por puros accidentes. Dios, que ha establecido las relaciones naturales entre los accidentes y la substancia, se sirve de la substancia para sostener los accidentes, y de éstos para mostrarnos aquélla, pero no repugna suponer que su omnipotencia divina pueda sostener de otra manera dichos accidentes. La causa primera puede por modo eminente lo que puede la segunda. Si nosotros podemos llevar

**16.** Esto dice hasta la pura filosofía; pero los incrédulos, cuando les arrojan de una trinchera, se refugian en otra y contestan: «Sea de lo dicho lo que quiera, nuestra dificultad es otra, á saber: si el cuerpo de Jesucristo es uno solo, puesto que no hay más que un Cristo, y ese está en el cielo, ¿cómo es posible que al mismo tiempo esté en el altar, y en todas y cada una de las innumerables Hostias consagradas en el universo?»

¿Cómo?—Tened un poco de paciencia y leed con atención lo que ahora diremos en el capítulo siguiente. Por de pronto, queda mostrado que Jesucristo se halla realmente presente en el Sacramento augusto de nuestros altares, y que esto se verifica por *transubstanciación*, no por *impanación*, ni *consustanciación*, sino por la conversión admirable y misteriosa de las substancias del pan y del vino, en el Cuerpo, Sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo, sin que esta conversión, ni la conservación de los accidentes eucarísticos, se oponga en nada á los dictámenes severos de la recta razón. «Las palabras sacramentales, ni unen el Verbo divino á la materia del Sacramento, ni colocan en una substancia inmutable el cuerpo de Cristo; lo que hacen, sí, es con su soberana eficacia apoderarse del pan y del vino en lo más íntimo de su ser, y cambiar su substancia en la substancia del Cuerpo y de la Sangre del Salvador (1).» He aquí lo que enseña la Fe, lo que prueba la Teología, lo que no puede contradecir la Filosofía, y lo que constituye la creencia del mundo cristiano, con grande consuelo de nuestro pobre corazón.

un objeto con la ayuda de un bastón, ¿no podremos mejor llevarle inmediatamente con la mano?

Las apariencias ó accidentes producen en nosotros sensaciones; pero ha de notarse que éstas no previenen solamente de las relaciones de nuestros sentidos con el objeto material, sino también del poder divino, que da á dicho objeto la virtud de impresionar á nuestros órganos, y á éstos la propiedad de ser impresionados; á lo cual llaman en Teología *el influjo divino*. Dios, agente principal, se sirve de un agente secundario, que son los cuerpos; y claro es que Dios puede producir por sí mismo lo que producen los objetos materiales; podemos ser afectados por Dios con las mismas sensaciones que producen los cuerpos, aunque éstos no existan. La naturaleza nos ofrece, por ejemplo, en el espejo, el hecho de una apariencia, que obra sobre nuestros ojos como las apariencias eucarísticas obrarían sobre los sentidos. La vista en el espejo es impresionada por un accidente que no cubre en verdad su propia substancia. (Autor de las *Pailletes d'Or.*)

(1) P. Monsabré: Confer. 67, primera de la Eucaristía.